

## Artículos centrales

# YO TAMBIÉN GRABO CON MI CELU

## Reflexiones metodológicas sobre las entrevistas en profundidad mediadas por dispositivos electrónicos en contexto de pandemia

**Ernesto Meccia<sup>a</sup>**

Fecha de recepción: 2 de noviembre de 2021  
Fecha de aceptación: 18 de noviembre de 2021  
Correspondencia a: Ernesto Meccia  
Correo electrónico: ernesto.meccia@gmail.com

- a. Doctor en Ciencias Sociales, Magíster en Investigación en Ciencias Sociales y Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Profesor regular de grado y posgrado en la UBA y la Universidad Nacional del Litoral.

### Resumen:

El artículo presenta algunas reflexiones sobre el impacto del COVID 19 en el mundo de la investigación social cualitativa, en especial, sobre el trabajo de investigadorxs que realizan entrevistas en profundidad. Se plantea que, en realidad, la pandemia finalmente puso en discusión el carácter necesario de la interacción "cara a cara" para la producción de datos verbales de calidad; una discusión que ya venía dándose extra oficialmente en las aulas universitarias. Propone pensar en serio, entonces, la potencialidad de los dispositivos electrónicos como recursos para la investigación social.

**Palabras clave:** Investigación cualitativa - COVID-19 - Dispositivos electrónicos - interacción cara a cara - entrevistas en profundidad.

*Summary*

*The article presents some reflections on the impact of COVID 19 in the world of social research, especially on the work of researchers who do in-depth interviews. It argues that, in fact, the pandemic finally brought into discussion the necessary nature of "face-to-face" interaction for the production of quality verbal data; a discussion that already had been taking place extra officially in the classrooms at University. Then, it proposes to think seriously the potentiality of electronic devices as resources for social research.*

*Key words: Qualitative Research; COVID-19; Electronic Devices; Face to Face Interaction; In-depth Interviews.*

**Introducción**

En este escrito me propongo compartir algunas reflexiones sobre el impacto del paso del COVID 19 en el mundo de la investigación social cualitativa, en especial, sobre aquellxs investigadorxs que realizan entrevistas en profundidad.

Tal vez ahora, cuando llevamos transitado más de un año y medio, algunas de las situaciones que presentaré parezcan un tanto superadas. Aún así, creo que es interesante recordarlas para dejar testimonio de algunos pánicos poco entendibles que hasta hace pocos meses flagelaron a no pocos equipos de investigación e investigadorxs individuales. En efecto, la sospecha apriorística acerca de cómo el uso obligado de la tecnología en el mencionado contexto sanitario podía afectar negativamente la producción de datos empíricos de calidad, estuvo en el origen de muchas conversaciones. Tanto fue así que lo que se leerá a continuación recoge parte de las intervenciones que realicé en las V Jornadas de Investigadorxs en Formación "Entre los recursos y las estrategias: la investigación social en tiempos de COVID-19" organizadas en octubre de 2020 por el Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES) y durante la clase abierta "Desafíos para la investigación social en el contexto de la pandemia", organizada en marzo de 2021 por la Especialización en "Métodos y Técnicas de Investigación Social" de la Red de Posgrados del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Presento entonces unas reflexiones sobre el mundo "virtual" y la metodología de la investigación social

sobre las cuales -aclaro- no estoy del todo convencido. Sin embargo, sí estoy convencido de que son necesarias y urgentes. Es más, creo que lo eran desde hace algún tiempo, desde antes del inicio de la pandemia. Estimo que cierta inercia ha impedido algunos debates y que de un modo perentorio la larga circunstancia que atravesamos puso varios temas sobre la mesa.

Escribo desde mi oficio de sociólogo que basa la mayoría de sus investigaciones en entrevistas en profundidad en el marco de investigaciones biográficas. Y también desde mi rol de profesor, recordando unos cuantos intercambios previos a la pandemia y durante ella relativos a si podemos hacer entrevistas a través de algunos de los recursos que brinda Internet. Estos intercambios se dieron (y se dan) en los talleres de tesis de maestrías y doctorados.

Durante 2020, en pleno aislamiento social preventivo y obligatorio (el inolvidable ASPO) trabajé en varios posgrados. Me encontré con un público descorazonado por la imposibilidad de realizar sus trabajos de campo, trunco hasta nuevo aviso. Muchos de ellos debían desarrollarse en instituciones, necesitaban abrir los sentidos del etnógrafo en lugares que estaban cerrados o con sus rutinas alteradas y a medio funcionar.

En los Talleres, como era lógico, escuché expresiones de pesar por no poder acceder a distintos escenarios de interacción (desde escuelas e institutos superiores de educación no universitaria hasta hospitales), o a distintos documentos (por ejemplo, resoluciones de consejos

directivos de las universidades, noticias sobre la instalación de casinos y la industria del juego en diarios provinciales) que no conocieron las luz de la digitalización. Como sabemos, una investigación montada en una estrategia observacional no puede ser apuntalada con otra estrategia a menos que se cambien las preguntas y los objetivos. Lo mismo sucede con las investigaciones documentales. Naturalmente acompañé con mis sentimientos los sentimientos de desazón.

Sin embargo, no me pareció tan lógico escuchar que una investigación esté detenida por la imposibilidad de hacer entrevistas en profundidad en el contexto del COVID 19. La pregunta de lxs tesisistas se repetía: “¿Se puede?”. Y mi pregunta hacia ellxs también: “¿Por qué no?”. Y mi sensación también se repetía y se repite hoy: veían en mí (es decir en un profesor de metodología) un censor sin concesiones, un representante de la renombrada “rigurosidad” metodológica, un sustantivo que me desagradaba cada vez más y más aún cuando se convierte en adjetivo. A decir verdad semejante visión me causaba tristeza aunque pude entender que en parte no poco importante la misma podía ser producto de la forma en que todavía se siguen pensando las cuestiones metodológicas en las aulas de la universidad.

Ante mi respuesta pude escuchar los motivos de la resistencia. Me hablaban sobre el carácter irremplazable de la presencialidad a través de un razonamiento que a esta altura parece un tanto antiguo, además de maniqueo: la presencia real *versus* la mediación virtual; la virtualidad sería una mediación técnica que introduciría una opacidad definitiva en el sagrado vínculo entre entrevistadorxs y entrevistadxs que, por el contrario, -sigo con el razonamiento- estaría en vías de garantizarse ante la presencia cara a cara (*face to face*, para traer un poco de reminiscencia goffmaniana a nuestro encuentro). Todo un sanitarismo relacional había sido puesto en escena, sanitarismo que seguramente habían aprendido en nuestras clases y en los libros de metodología que a veces nos hundían en una rigurosidad paralizante. Somos cada vez más lxs investigadorxs que -entre bastidores- hablamos de este tema. La pandemia, finalmente, nos puso a hablar en voz alta.

Básicamente entiendo que si la civilización digital está transformando las formas de cognición y relacionamiento social es realista que por lo menos nos preguntemos si podemos realizar entrevistas por medios electrónicos a personas que están formateadas por los medios electrónicos, quiero decir, a gente que los usa habitual-

mente como recursos expresivos en un sentido amplio. Pero también pensaba, asumiendo que la calidad de un encuentro cara a cara sería otra, que esas investigaciones no tendrían por qué esconder en sus argumentaciones el contexto en el que se habían realizado.

Estoy pensando en dos clases de contextos: el primero, realizar entrevistas en profundidad en el contexto amplio de la civilización digital que ha cambiado las competencias comunicacionales de la gente; el segundo, realizar entrevistas en el contexto más acotado del COVID-19.

Siempre tuve una inclinación a pensar que hay que hacerse más amigo de las tecnologías y no sólo en los términos pragmáticos de no retrasarse con la tesis doctoral. Me inclino a pensar que eso es conveniente porque otra forma de comunicación es posible, algo que saben quienes -por ejemplo- transitan los ecosistemas de búsquedas erótico-sexuales que ofrecen las *apps* geolocalizadoras. Allí también todavía encontramos resistencias para pensar que el sexo virtual es sexo, una resistencia a menudo moral, que involucra hasta quienes realizan esas prácticas.

“Qué rollo con la tecnología”, pensaba y pienso. Para tener sexo, realizar compras, comunicarse con los amigos y la familia, enviar transferencias bancarias, consultar a un médico, organizarse en un centro de estudiantes y para un montón de prácticas sociales sí, y para realizar investigación social no, como si la investigación social no fuera otra práctica social más o como si fuera una práctica social desencarnada de sus contextos de factibilidad.

Mientras preparaba mis intervenciones para el IDES y para CLACSO recordé una frase de Néstor Perlongher que está en su etnografía sobre la prostitución masculina en San Pablo (Brasil) en los años 80. Sobre el final del capítulo metodológico señalaba las limitaciones de su investigación, pero no lo hacía en un sentido peyorativo. Decía que todas las prácticas sociales tienen su propia marca y que la misma no puede atentar contra la completitud imaginada por los investigadores sino todo lo contrario.

En el texto de Perlongher, la “marca” de la prostitución viril callejera consistía en cierta paranoia de los trabajadores sexuales, paranoia que los llevaba a “retacear” información. Bien, ese retaceo (o esa reserva) es parte de ese mundo: es ingenuo pensar en su ausencia. Brindar

información a medias sobre sus prácticas no era algo que hacían sólo al investigador; lógicamente también lo hacían ante sus clientes en general. En ese contexto socio-laboral ese tipo de intercambios conversacionales "a medias" formaba parte de las reglas del juego. La investigación, entonces, se volvía claramente imprevisible. Escribió Perlongher: "Creemos que el hecho de que la realización del trabajo (*de investigación*) participe de las imprevisibilidades (relativas) de la prostitución callejera no quita valor a las conclusiones que se infieren. No obstante, las somete a la marca de esa práctica. Que un estudio sobre lo real lleve en su construcción las huellas de ese mismo real debería, tal vez, aliviarnos más que avergonzarnos." (Perlongher, (1987) 1999: 36)

La reflexión me pareció significativa para pensar en las entrevistas que se podían realizar durante la pandemia: no podía ser motivo de lamento que se hicieran vía Zoom o Google Meet. Así se comunicaba mucha gente, era toda una marca que el COVID dejaba sobre la vida cotidiana y sobre la práctica de la investigación social. Si la gente se comunica de otra manera, con otros instrumentos, lxs investigadores podemos (y tal vez debemos) usar esos mismos instrumentos. Y si usamos esos instrumentos forzosamente porque existe una pandemia, lo podremos entender como parte del contexto en el que se realizó la investigación, algo que podríamos aprovechar para sumergirnos en momentos de reflexividad y de escritura más que de queja.

Pero lo que nos hizo pensar el COVID-19 debería re-entendernos a pensar algo mayor: la presencia de las tecnologías digitales en la vida cotidiana de las sociedades. Para ello, quisiera volver sobre los elementos expresivos que provee la civilización digital a la gente y compartir algunas experiencias de mis investigaciones, que son especialmente de índole biográfica.

Desde hace más o menos diez años vengo realizando entrevistas en profundidad a gays adultos y adultos mayores. Sólo últimamente las estoy realizando con gays jóvenes y muy jóvenes.

Tengo Facebook desde el año 2009 y debo reconocer que rápidamente lo he considerado como un aliado. Siento que me ha facilitado muchas cosas. Con posterioridad, Skype, Messenger, Whatsapp y Zoom han hecho lo propio. Si bien hice la mayoría de las entrevistas de manera presencial, pienso que de haber existido el video de Whatsapp en 2009 probablemente hubiera sucedido lo mismo. Quiero decir, que también hubieran

funcionado como "actantes facilitadores", al decir de Algirdas Greimas, de la investigación social. Pero es claro que no me puedo ir mucho más atrás. Por supuesto, porque esta forma de expresividad de la que estoy hablando no existía.

Podemos imaginar a Oscar Lewis, sobre finales de la década del 50, cargando los aparatos técnicos y yendo a entrevistar a Jesús Sánchez y su familia, los protagonistas de *Los hijos de Sánchez*. O, trayendo un nombre de otro campo, recordar a Pier Paolo Pasolini realizando *Comizi d'amore* (1964), un documental en el que entrevistó sobre sexo y sexualidad a personas de distintos estratos sociales en Italia: también Pier Paolo iba hacia la gente y ponía el micrófono a disposición. Me interesa marcar la técnica y la direccionalidad: por un lado, las cámaras y los micrófonos eran propiedad de los reporteros; y por otro, era de ellos la iniciativa de que los entrevistados se pongan a contar su vida. La buena fama del método biográfico en las Ciencias Sociales, en gran medida, se debe a esta direccionalidad que estoy dibujando: eran los investigadores quienes iban a la gente para rescatar sus voces, para hacerlos oír y hacerlos valer. Sin duda que la fama es merecida. Sin embargo, aquella situación se ha visto bastante alterada.

Como bien sabemos, hoy, una variedad inmensa de aparatos electrónicos de uso popular reemplaza aquellas máquinas vetustas; en paralelo, la gente se volvió rápidamente hábil en su manejo y, entre estas habilidades, está la de volcar a través de ellos, mucha información biográfica en las superficies de inscripción que esos nuevos aparatos populares permiten crear (Facebook, por poner solo un ejemplo, donde no solo vertimos palabras sino también imágenes y filmaciones)

La situación es de un contraste notorio: antes lxs investigadores eran los "productores de contenido" discursivo e incitaban a la gente a hablar; hoy, la gente se ha convertido en productora permanente de sus propios contenidos (especialmente biográficos) y, a tal fin, casi no necesita una incitación especial; al contrario, ya está preparada para hablar de sí; es más: a juzgar por lo que podemos leer a diario en Internet, la gente es experta en sí misma.

Entonces, me parece, las personas que hoy puede entrevistar un investigador (biográfico, pero no solamente) son distintas de aquellas que entrevistaron Lewis o Pasolini: lxs entrevistadxs actuales tienen -por así decir- una predisposición ante la pantalla y sus derivados y

esta posesión habla a las claras de una sociedad que -por razones muy distintas- ha colocado a la subjetividad y al yo en el centro de la escena. Todos los caminos de la cotidianeidad conducen a la subjetividad y, en consecuencia, como nunca antes, las Ciencias Sociales son ricas en esa clase de datos que podemos ver y obtener a través de los recursos digitales.

Quisiera dar un testimonio. En 2017, para una investigación que acaba de publicarse, comencé a hacer entrevistas sobre la salida del armario de gays y lesbianas. Decidí armar una muestra “extrema” o “polar” (Flick, 2004), es decir, buscar relatos presuntamente contrastantes que operaran como representantes de configuraciones socio-históricas diferentes. Usuario y aliado de Facebook y las redes, publiqué un aviso convocando a entrevistas confidenciales a gays menores de veinticinco años y mayores de sesenta.

“¿Me vas a grabar? (palabras más, palabras menos), querían saber los mayores. Respecto de los jóvenes, recuerdo a uno que me preguntó “¿Ya está?”, aludiendo a si había prendido el mp3 para que no se perdiera nada de lo que tenía pensado decir. Y a otro que me dijo: “si querés yo también grabo con mi celu y si después se me ocurre algo más, vemos cómo hacemos. Te lo paso. Te mando el audio por WhatsApp. Vamos viendo.” O sea, el mismo entrevistado había considerado probable seguir respondiendo a mi entrevista aún cuando la misma hubiera terminado y aún sin que yo se lo hubiera pedido... además, para esas respuestas posteriores que ofrecía, no hacían falta ni el sacrosanto encuentro cara a cara ¡y ni siquiera una sesión de Google Meet!

Durante 2019 y hasta el inicio de la cuarentena seguí entrevistando. Una vez que estuve aislado, los dos primeros meses me dediqué a analizar las entrevistas y, como siempre sucede, había algunos puntos que no comprendía. Necesitaba ampliación. Al estar imposibilitado de aplicar alguna técnica de “post-entrevista” presencial (Valles, 2009) empecé a utilizar todo lo disponible digitalmente en 2020: Zoom, Google Meet, WhatsApp, Messenger. Los resultados fueron muy buenos, inclusive con personas mayores.

Y la verdad es que me costó pensar: “¿tendría que haber realizado todo de forma presencial?” “¿Hubiera sido mejor información?” “¿Tendría la misma calidad por el solo hecho de haber estado cara a cara con mis entrevistadxs?” “¿Habré incurrido en alguna imprudencia metodológica?”. Finalmente lo pensé, claro que sí.

La verdad es que no tengo una respuesta única (hay distintas clases de entrevistas, hay distintxs entrevistadxs; también, por supuesto, existe la brecha digital) pero lo cierto es que las preguntas por el apego ciego a ciertos procedimientos metodológicos no dejan de resonar en mi cabeza.

Comparto una situación más para seguir pensando los recursos digitales, la socialización, la expresividad y la investigación en Ciencias Sociales.

En el mes de agosto de este año intercambiamos por WhatsApp con un tesista de la Universidad Nacional del Litoral que estudia la movida *Free Style* que llevan adelante los jóvenes en las plazas de la ciudad de Santa Fe. Es claro que tiene que esperar a que se reinicie esa actividad para hacer observaciones, pero mientras tanto (visto que necesita convergencia de información) entrevistó a varios muchachos veinteañeros que se insinúan como los futuros líderes locales de la movida. ¿Es lógico pensar que esos jóvenes *centennials* se hubieran sentido incómodos porque alguien los entrevistaba con un celular y que eso enturbiaba la información? ¿Acaso hubiera sido más cómoda y más productiva la “ceremonia” que a veces representa el acudir a una entrevista presencial cara a cara?

Reitero que no tengo respuestas definitivas sobre la relación entre las tecnologías digitales y las entrevistas cualitativas pero sí creo que debemos tomar en serio que la tecnología está desde hace un tiempo (no llegó ayer) y que llegó para quedarse. Y que ya es hora de que pensemos que en las investigaciones cualitativas las tecnologías digitales no solamente deberían servirnos para que armar arbolitos de códigos con algún *software*.

En la película argentina *Los muchachos de antes no usaban gomina* (1937), Ponce va con Alberto al encuentro de la Rubia Mireya. La película los muestra caminando por la Buenos Aires de la primera década del siglo XX. En un momento, Ponce -asombrado- ve venir uno de los primeros automóviles que circulaban por la ciudad, que había traído un richachón de Europa. Dice: “Mirá ese loco. ¡Se va a matar! Las cosas que inventan estos gringos. Menos mal que nunca se va a poner de moda”.

A nosotrxs, hace ya un tiempo, nos tocó ver los primeros celulares y cómo la gente los fue utilizando como un modo de expresividad cada vez más versátil y comprensivo. Creo que tenemos que aprovechar este último grito de la moda.

## Bibliografía

- Cabalín, C. (2014): "Estudiantes conectados y movilizados: El uso de Facebook en las protestas estudiantiles en Chile" en *Comunicar*, 22(43).
- Flick, U. (2004): *Introducción a la metodología cualitativa*, Madrid, Morata.
- Lemus, M. (2017): "Jóvenes frente al mundo: Las tecnologías digitales como soporte de la vida cotidiana" en *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 15 (1), Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE) de la Universidad Nacional de La Plata.
- Meccia, E. (2020): *Biografías y sociedad. Métodos y perspectivas*, Santa Fe, Ediciones UNL - EUDEBA.
- Navarro, A.; Dabenigno, V.; Güelman, M.; Lemos, S.; Rossi, C.; González, D.; (2020): "Enseñar Metodología de la Investigación Social en tiempos de pandemia: del vínculo pedagógico al aprendizaje activo y colaborativo" en Beltramo, Lucía (Comp.): *Aprendizajes y prácticas educativas en las actuales condiciones de época: COVID-19*, Facultad de Filosofía y Humanidades-Universidad Nacional de Córdoba.
- Sibilia, P. (2013): *El show del yo. La intimidad como espectáculo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Valles, M. (2009): *Entrevistas cualitativas*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.